

# México y su Identidad Cultural

## 1) Metodología

Es un fenómeno corriente el que una ciencia particular tome prestado de otra una tesis, una metáfora o un tecnicismo que posteriormente adapta a sus propios requerimientos y que le sirven para impulsar su propio desarrollo. El concepto de energía es un buen ejemplo de ello: pasó de la física a la biología y a la psicología aunque, obviamente, con significados diferentes. Yo quisiera hacer algo parecido en relación con nuestro tema, para lo cual quisiera utilizar un *slogan* procedente del área de la psicología y, más especialmente, del psicoanálisis. De acuerdo con el padre del psicoanálisis, *infancia es destino*. A mí me parece que el pensamiento incorporado en dicha frase es para nuestros propósitos no sólo vagamente iluminador, sino teóricamente muy útil. Quizá sea superfluo decirlo, pero me parece que de todos modos no estará de más señalar que lo que el *dictum* en cuestión implica es que las vivencias particulares que una persona tiene durante su primera infancia son decisivas o determinantes para el resto de su vida. Su personalidad queda marcada por ellas: toda su vida anímica, su carácter, su relación con las mujeres o con los hombres, su sexualidad, su auto-percepción, etc., todo ello y más depende tanto de las experiencias que haya padecido como de cómo las haya asimilado al momento de tenerlas. Por mi parte, pienso que, *mutatis mutandis*, lo mismo puede decirse de los países y de las naciones. De ahí que la determinación de lo que de hecho es o fue la infancia de nuestra patria y la comprensión cabal de sus experiencias primigenias sea simplemente crucial para la comprensión de su presente, esto es, para estar en posición de visualizar una vía de solución para los problemas que lo aquejan y para tener una idea realista de lo que pueden ser su evolución y su futuro. Por lo tanto, qué concepción tengamos de México dependerá de cómo reconstruyamos su pasado.

Ahora bien, para que la “intuición” freudiana pueda resultarnos heurísticamente provechosa tenemos que tomar en cuenta otro dato, a saber, que el concepto de tiempo es relativo al tema que nos ocupe. Ejemplificando: el concepto de tiempo sideral (empleado en teorías con las que, por medio de matemáticas avanzadas, se efectúan cálculos sumamente complejos) no es equiparable al concepto de tiempo mnémico (en relación con el cual la autoridad de la memoria del sujeto es indiscutible), así como el de tiempo histórico y social (el cual permite medir y calcular los eventos y sucesos de un modo diferente a como se procede en las ciencias duras) no es equivalente o idéntico al tiempo personal o biográfico (para el cual los fenómenos quedan, por así decirlo, mucho más comprimidos). Para ilustrar esto último: 50 años son en la vida de un hombre por lo menos la mitad de su vida, pero para una civilización o una sociedad no son prácticamente nada. Así, si la infancia de una persona culmina cuando ésta entra en la etapa de la pubertad, ubicando a esta última más o menos entre los 12 y los 14 años, y si dicha persona vive, digamos, 80 años, entonces la infancia de la persona ocupa algo así como el 13 o 15 % de su vida. Si ahora nos trasladamos al contexto de la historia y de la formación de los países y queremos hablar de

la infancia de un país, nos resultará obvio que 10 o 15 años no podrían ser representativos de lo que sería su “infancia”. Opinar otra cosa sería simplemente confundir dos conceptos diferentes de tiempo. Mi punto de vista es, pues, que si aceptamos la tesis freudiana y adoptamos una perspectiva histórica del tiempo, podremos visualizar mejor el pasado de México y reconstruirlo de manera convincente, lo cual en principio nos permitirá apreciar de manera realista su situación actual y comprender cabalmente lo que de hecho es nuestra identidad cultural. Quizá entonces estemos mejor preparados para enfrentar lo que habrá de ser nuestro futuro inmediato.

Se sigue de lo anterior que, antes de adentrarnos en el tema general de la identidad nacional, cultural u otra, lo que lógicamente se requiere determinar en primer lugar es la etapa de la vida en la que se encuentra en la actualidad nuestro país. Nuestra pregunta es: ¿está México en su infancia o ya rebasó esa etapa y está en su periodo de juventud o inclusive ya en el de su madurez? En concordancia con lo anterior y haciendo un cálculo aventurado (si bien no descabellado), pienso que se podría sostener (con base en razones que irán paulatinamente emergiendo) que hablar de la infancia de México es hablar de un período de entre 150 y 200 años. Esta idea obviamente exige que se le justifique.

Es evidente que la gestación de un país es un asunto sumamente complejo, un fenómeno en el que entran en juego múltiples factores, desempeñando todos ellos diversos roles causales. A primera vista el tiempo es uno de ellos, pero eso es engañoso. Es evidente que considerado en sí mismo el tiempo (histórico) sencillamente no es un factor que determine nada. En realidad, el tiempo incide en los procesos de formación de sociedades y países de muy diverso modo. Teóricamente, no se requiere de largos períodos para que una nación quede conformada. A distintos pueblos les lleva diferentes cantidades de tiempo constituirse en naciones con una identidad reconocible y transparente. Es claro, por otra parte, que en este contexto las generalizaciones no son factibles. Hay países, por ejemplo, para los cuales 200 años bastaron para quedar plenamente constituidos y conformados como una totalidad nítidamente distinguible de cualquier otra entidad, pero los hay para los cuales esa misma cantidad de años podría resultar patentemente insuficiente para su conformación como una nación integrada y unificada. Para ilustrar lo dicho: a menudo se dice que los Estados Unidos son un país joven, pero lo único que eso puede querer decir es que su historia es corta, pero el que sea corta no impide que se trate de un país ya básicamente constituido, en lo esencial conformado. Los Estados Unidos son ya un país sólidamente caracterizado por una cierta mentalidad de su población, por sus valores nacionales, las relaciones que en su población se dan entre hombre y mujer, la concepción de la familia que allí prevalece, la asimilación o rechazo a los que se somete a los extranjeros, etc. Todo eso y más proporcionan un perfil muy claro de lo que los Estados Unidos son y seguirán siendo. En cambio, las cosas con México no son tan simples. Para México 200 años ha sido muy poco porque, como trataré de hacer ver, de hecho México está apenas saliendo de infancia.

## 2) *Etapas*

Es evidente que cualquier sugerencia o propuesta de división de la historia de México por etapas será siempre controvertible y estará expuesta a objeciones. En mi opinión, un

*desideratum* importante para su evaluación es su riqueza heurística y sus implicaciones teóricas. Aquí yo propongo una muy simple, que es la siguiente:

para empezar y por razones en las que no tiene mayor sentido hundirse, es evidente que no podría considerarse a los antiguos habitantes de lo que hoy es nuestro país como “mexicanos”. Ni los tarascos ni los chichimecas ni los olmecas, por no mencionar más que algunos de aquellos pueblos, eran mexicanos en el sentido actual de la palabra (y, obviamente, no hay otro). Afirmar lo contrario sería hacer de los galos franceses o de los godos alemanes. Para efectuar una reducción al absurdo de esta posición nos bastaría con llevarla hasta sus últimas consecuencias: nos veríamos entonces forzados a sostener que, por ejemplo, los neandertales eran europeos. Obviamente, una visión así es no sólo anacrónica, sino absurda y hasta ridícula. Ahora bien, este resultado vale por igual para México y los pueblos que otrora habitaron lo que hoy es su territorio, con los cuales de todos modos y como es comprensible estamos de muy diversos modos vinculados.

En segundo lugar, me parece que también habría que admitir que durante la Colonia México seguía siendo una realidad no existente. Lo que existía era la Nueva España. Aquí la analogía con los seres vivos y, más concretamente con los humanos, es sumamente útil: así como se pasa de un cigoto a un conceptus, de un conceptus a un embrión, de un embrión a un feto y de un feto a un recién nacido, podemos sostener que México hizo su aparición en el mundo sólo a raíz de su proceso de independencia. Fue con la Independencia que México fue parido, aunque obviamente para ello el producto tuvo que haber pasado por una serie de etapas o fases. Ahora bien, inmediatamente después de su nacimiento, como era de esperarse, empezaron sus desgracias, esto es, las experiencias sociales que habrían de caracterizar su estructuración y crecimiento. Con ello, si nuestro uso del freudismo en este contexto es adecuado, se sembraron también las semillas de su crecimiento y evolución. De ahí que parte de nuestra tarea consistirá en responder a la pregunta: ¿qué cuadro del México actual podemos construir a partir de los datos de los que disponemos concernientes a lo que a todas luces fue su “infancia”?

Remontémonos, pues, al pasado e intentemos reconstruir el proceso de gestación y desarrollo de nuestro país. Para empezar, yo creo que lo primero que habría que señalar es que al convertirse en un país independiente México fue ante todo un inmenso territorio con una población totalmente expuesta al saqueo personal, al cacicazgo y al aventurerismo político. Iturbide y Santa Anna simbolizan mejor que nada ni nadie esta penosa **primera** y hasta vergonzosa etapa. Pero esta constatación tiene consecuencias nada desdeñables, porque parece implicar que sería simplemente absurdo negar que el primer paso serio y decidido en la dirección de la conformación real o genuina de lo que es nuestro país se da sólo en una **segunda** etapa, a saber, la que queda emblemática en la figura de Don Benito Juárez. Se tendría que ser muy dogmático o muy ignorante o muy reaccionario o muy anti-mexicano para rechazar la tesis de que es Juárez quien propiamente hablando dota a México de una básica estructura legal y de un proyecto de desarrollo y de unión nacional. Esto tiene una implicación de primera importancia, a saber, que *México sin el juarismo sencillamente no se entiende*. Desafortunadamente, como se sabe, esta vital fase resultó demasiado corta: quedó trunca, pues fue brutalmente bloqueada durante lo que se constituyó como la siguiente (**tercera**) etapa claramente discernible de la historia de México, *viz.*, el largo período constituido por la abominable dictadura de Porfirio Díaz. Es

evidente que, en más de un sentido, durante este horrible periodo el proceso de formación y desarrollo genuino de México que estaba ya en marcha se detuvo. Los argumentos de las concesiones y el desarrollo de las vías férreas son simplemente ridículos como justificación del horrendo maltrato al que fue sometido el pueblo de México, desde Chihuahua hasta Yucatán. La verdad es que, a pesar de algunos esfuerzos totalmente fallidos y de mal gusto, simplemente no hay forma de reivindicar la criminal tiranía porfirista. Ahora bien, a pesar de su brutalidad y de su carácter esencialmente anti-democrático y anti-mexicano, por represor y entreguista, de todos modos el pueblo mexicano, como movido más que por otra cosa por su instinto de conservación y supervivencia y sacando fuerzas de flaqueza, logró a un precio muy alto sacudirse esa bolsa de plástico social que lo asfixiaba. Se inició entonces un **cuarto** gran periodo en la historia de México, a saber, el periodo de la Revolución Mexicana, un proceso que evidentemente comienza *de facto* **después** del asesinato de Francisco I. Madero. Para desgracia del pueblo de México, también el fenómeno de la Revolución Mexicana muy rápidamente terminó en gran medida como un proceso fallido, fallido *inter alia* (mas no únicamente, desde luego) por su falta de ideólogos. Esto es algo que tiene que quedarnos claro si lo que queremos es evitar malentendidos.

A diferencia, por ejemplo, de lo sucedido en Francia dos siglos antes de su revolución, en donde durante décadas se fermentaron ideas de liberación, anti-feudalistas, anti-absolutistas, etc., México, a pesar de ilustres excepciones, como Don Justo Sierra, careció de sus Voltaires y sus Rousseaus, de sus Montesquieux y sus Diderots. No hubo enciclopedistas en México, lo cual por otra parte es perfectamente comprensible. De igual modo, el proceso revolucionario mexicano tampoco fue en este sentido como el ruso: en las tierras de los zares, además de que se contó con teóricos y líderes políticos de primer orden, como Lenin, Trotsky, Stalin y Bujárin, se generó un caldo de cultivo apropiado para la explosión social de por lo menos 80 años (*i.e.*, desde el movimiento de los decembristas y la liberación de los siervos, hacia mediados del siglo XIX). En México, en cambio, el odiado porfirismo duró más o menos 30 años, que medido con el tiempo social es más bien poco, y a lo más que se llegó en el plano de la ideología fue a José Vasconcelos, el cual, habría que admitirlo, *qua* ideólogo es un personaje de poca monta. No obstante y a pesar de las inmensas carencias en todos los órdenes de la vida, con el gran movimiento armado iniciado en 1913 se dio un paso importante hacia adelante en la conformación de la nación y la cultura mexicanas, en el sentido y en la medida en que, como resultado del conflicto armado, quedaron establecidos por lo menos dos ejes decisivos de identificación nacional: el reparto de la tierra y la lucha anti-clerical. En **este** sentido, el proceso revolucionario no significa otra cosa que la **continuación lógica del juarismo**. El pueblo mexicano por otra parte, no hay que olvidarlo, fue generoso en sangre: durante el “movimiento armado” murió alrededor del 9% de su población. Para tener una idea de las magnitudes de la hemorragia social que se produjo lo único que tenemos que hacer es imaginar que en la actualidad se produjera en México una conflagración social equiparable: su saldo tendría que ser el de unos 10 millones de personas! Ahora bien, independientemente del costo del movimiento revolucionario, lo que está claro es que, *pace* sus detractores, la Revolución Mexicana ciertamente cumplió con sus objetivos **mínimos**, si bien el pueblo mexicano no pudo ver florecer y disfrutar los frutos a los que se había hecho acreedor por el tremendo esfuerzo que había realizado. Nos las habemos pues, una vez más, con un movimiento fallido. El movimiento revolucionario, entre otras cosas, fue traicionado. La carencia de ideólogos no

permitió que se le imprimiera al movimiento la orientación social que necesitaba, por lo que el progreso social fue muy rápidamente identificado con el triunfo de facciones y entendido ante todo como posibilidad de progreso estrictamente personal. En todo caso, para desgracia de la nación mexicana, el gran periodo de florecimiento y expansión post-revolucionario, un periodo que no tiene paralelo en la historia de nuestro país en cuanto a avance palpable en todos los dominios de la vida, un periodo generador de ilusiones como no ha habido otro en México, duró demasiado poco y no logró consolidarse. Así, por un sinnúmero de vicisitudes y contingencias, se entró a partir de 1940 en lo que fue una **quinta** gran etapa de un proceso de crecimiento desbalanceado y errático así como de intentos frustrados de desarrollo, una etapa en la que paulatina pero sistemáticamente se fue combatiendo el espíritu revolucionario hasta que finalmente éste quedó totalmente derrotado. Puede afirmarse que el acta de defunción de la Revolución Mexicana fue expedida no hará más de 30 años y a lo que dio lugar fue a lo que de hecho es un movimiento de **deconstrucción** nacional sistemática.

Con base en el cuadro delineado, podemos empezar a extraer por lo menos algunas conclusiones inspiradas en el uso de nuestra metáfora inicial. Aquí me limitaré a señalar tres. Primero, nuestro país está apenas cruzando el umbral de la infancia. México es un país joven, con todo lo que ello entraña. Todo indica, en efecto, que estamos por terminar la quinta gran etapa de la historia de México como país ya conformado, para entrar en lo que a todas luces habrá de ser un periodo de turbulencias, agitación, pesadumbre, ajustes, violencia. Dicho de otro modo, México está entrando en su adolescencia. Segundo, el pueblo de México es y ha sido desde que vio la luz un pueblo huérfano: creció en el abandono, el desamparo y la injusticia. Tuvo, desde su gestación y su nacimiento, enemigos jurados obvios. La Iglesia Católica es incuestionablemente uno de ellos.<sup>1</sup> Otro gran enemigo del pueblo de México es, y lo será siempre, su detestable oligarquía, sus grupos desmesurada e injustificadamente privilegiados, caracterizados por su entreguismo, su servilismo *vis à vis* el extranjero, su sometimiento a los patrones culturales de otros países, sus constantes e imperdonables traiciones financieras, su desprecio por lo autóctono, y así *ad nauseam*; por último, un elemento importante de la conciencia nacional es que un tercer adversario de México lo será *per secula seculorum* el país que nos despojó de la mitad de nuestro territorio, esto es, los Estados Unidos.<sup>2</sup> No entender todo esto es, pienso, no conocer ni comprender México. La tercera idea en la que desemboca nuestra reflexión es que, salvo en muy contadas ocasiones y sólo por la acción de algunos hombres excepcionales, los sucesivos gobiernos no han sabido defender a su pueblo. En todo caso de lo único de lo que no podemos sensatamente tener dudas es de que las nuevas desgracias que habrá de padecer el sufrido pueblo de México serán la consecuencia directa de la

---

<sup>1</sup> Aunque es evidente, para evitar malentendidos quiero explícitamente señalar que distingo aquí entre las **creencias** religiosas, de las que **no** me ocupo, y las **instituciones** religiosas. Es la Iglesia Católica *qua* institución, con una política, objetivos, métodos, jerarcas, etc., determinados lo que está en cuestión. Así, es lógicamente posible ser creyente, guadalupano y todo lo que ello acarree sin por eso tener que estar comprometido con las políticas de la Iglesia, y a la inversa. De hecho, sería perfectamente posible apuntar a multitud de prelados, obispos y demás jerarcas eclesiásticos justamente para mostrar lo que **no** es ser un verdadero creyente, un genuino cristiano.

<sup>2</sup> La idea de que propiamente hablando los Estados Unidos no existían todavía es irrelevante. El argumento se puede perfectamente bien reconstruir tomando en cuenta las etapas de formación de dicho país.

acción declaradamente antipopular de sus ineptos y cobardes gobernantes, sus enemigos históricos, sus voraces magnates y sus mediocres intelectuales.

### 3) *Identidades*

El término 'identidad' aplicado a países, sociedades, culturas o naciones es una palabra con diversas acepciones. Para los objetivos de este ensayo necesitamos distinguir al menos dos. Disponemos, en primer lugar, de una noción de identidad en un sentido político y, en segundo lugar, un concepto de identidad cultural. Salta a la vista que lógicamente se trata de dos cosas diferentes. Hay un sentido en el que los mexicanos efectivamente conformamos una cierta unidad reconocida como tal por todo el mundo. Desde este punto de vista, los ciudadanos mexicanos son (sin entrar en los detalles de excepciones irrelevantes) los seres humanos nacidos dentro de los límites reconocidos de México, ciudadanos gobernados por el mismo conjunto de instituciones, sometidos a un mismo conjunto de leyes, que usan una misma moneda, hablan un mismo idioma, etc. Es evidente, sin embargo, que esta idea de unidad no es particularmente interesante, pues por ser puramente formal no acarrea consigo automáticamente ninguna clase de identidad cultural ni echa luz sobre ésta. La identidad cultural es un fenómeno mucho más complejo. De hecho, sostengo que la identidad cultural de los mexicanos es algo real pero también que, tal como existe en la actualidad, empieza a ser insuficiente, que la situación social actual exige una ampliación y un desarrollo de la ideología que funge como cemento cultural en nuestro país. Es importante que los mexicanos comprendamos en qué consiste realmente nuestra identidad cultural para que podamos reforzarla y desarrollarla, entre otras razones porque es claro que carecer de una identidad como la que une a, *e.g.*, los franceses o los alemanes o los norteamericanos, nos ha debilitado considerablemente, nos ha vuelto más vulnerables, mucho más endebles. Es precisamente en contribuir a descifrar este fenómeno cultural fundamental que es la identidad cultural mexicana con miras a promover una determinada **praxis** (tanto en un plano individual como en uno colectivo, en uno personal como en uno institucional) en lo que consiste nuestra tarea principal en este ensayo.

En relación con la cuestión de nuestra identidad cultural actual quizá lo primero que se le ocurriría a alguien preguntar sería: ¿es acaso sensato pensar que dos fracasos históricos tan importantes sufridos durante la infancia de México, como los representados por el proceso de Reforma y la Revolución Mexicana, no tuvieron efectos contraproducentes devastadores en la vida, la mente y la concepción del mundo del mexicano medio? Ahora ya sabemos qué sucedió: después del bandolerismo típico de la primera mitad del siglo XIX el juarismo y con éste la perspectiva de un país nuevo y unido, pero casi de inmediato el porfiriato con toda su brutalidad; después del sacrificio de la lucha armada y el gran impulso de los años 30, el quietismo y el inicio del saqueo y, posteriormente, poco a poco, la nulificación de logros pasados y el regreso a formas sociales prejuaristas, debidamente actualizadas desde luego. Pero nuestra inquietud es: ¿qué clase de identidad cultural puede brotar en esas condiciones y con esos fracasos a cuestas? ¿Cómo podría el mexicano construir para sí una concepción de la vida que excluyera las ideas de engaño, explotación, burla y por qué habría él de sentirse solidario con los demás, orgulloso de su país, optimista frente a su futuro? Aquí el error consiste en pensar que la identidad cultural de un país tiene forzosamente que ser de índole positiva y

optimista. México es un claro contraejemplo a tan ingenua concepción de la identidad cultural. Como argumentaré más abajo, en gran medida los mexicanos sí se sienten unidos pero por el sentimiento de que se abusa de ellos permanentemente y el de que están desprotegidos por parte de sus gobiernos, por la conciencia de que sus dizque representantes no están dispuestos a defender sus intereses, de que el destino del pueblo de México realmente no les importa. El mexicano común “intuye” que a los “policy makers” simplemente no les preocupa qué país le heredarán a nuestros descendientes, en qué condiciones de sujeción nos dejarán, qué deudas nos transferirán, y así indefinidamente. En relación con nuestro tema, es de temerse que con esto tocamos fondo.

El tema de la identidad cultural tiene que ver con un sinnúmero de sub-temas. Alude a un sentimiento nacional compartido de unidad, de solidaridad, de valores comunes y jerarquías axiológicas, de símbolos patrios, de idea y proyecto de nación, y así sucesivamente. Por ello, para construir una posición al respecto es lógicamente imprescindible tener una idea general de cómo fue concebido México. Es sólo sobre esa plataforma que nos habremos habilitados a nosotros mismos para juzgar nuestra situación actual. Y ¿qué mejor para ello que echarle un vistazo a algunos de los rasgos de la visión que tenía el verdadero forjador inicial de México, esto es, Don Benito Juárez?

#### 4) *México y el juarismo*

Podemos dar expresión a nuestra inquietud de arranque preguntando: ¿qué idea de patria tenía Juárez? Su desenvolvimiento personal lo describe mejor que cualquier otra cosa: su ideal era el de un país con una estructura política liberal, eminentemente laico, emancipado por lo tanto del yugo de la Iglesia Católica, en donde prevalecieran los métodos y procedimientos democráticos, un ámbito de legalidad y justicia, impulsado por el conocimiento científico, un país de patriotas dispuestos a pelear por él y a expulsar como fuera a los extranjeros que quisieran entronizarse en él, una nación unificada por una única lengua y de la cual el pasado indígena hubiera quedado completamente rebasado. Esto último exige un mínimo de aclaración, porque se presta a tergiversaciones y manipulaciones de diversa índole por parte de los oportunistas del momento. Resulta hasta vergonzoso tener que señalar que ni mucho menos estaba Juárez en contra de los indígenas como seres humanos, de los indígenas de carne y hueso, sino de lo que simbolizaban o representaban. Preguntémonos: ¿qué podían significar los residuos de las culturas precolombinas para un indígena que, habiendo superado todos los obstáculos imaginables, llega hasta las más altas cumbres de la vida social y política de su país? La respuesta es simple y obvia: retraso y sumisión, ignorancia y sometimiento. Esos pueblos precisamente fueron los que en el choque de civilizaciones perdieron. Es, pues, perfectamente comprensible que para Juárez fuera la concepción del indio como remanente de un mundo arcaico y débil, como símbolo de un mundo conquistado y superado, lo que había que rechazar, superar, dejar atrás. Juárez ya no quería eso para el país nuevo que estaba emergiendo y que él estaba empezando a construir, esto es, para **su** México. Él estaba perfectamente consciente de que seguir siendo indígenas **significaba**, culturalmente, seguir siendo subordinados, estar permanentemente expuestos al coloniaje extranjero, seguir sometidos. Desde su perspectiva la identidad nacional y cultural exigía, como precio, la superación de un pasado de ignominia.

Lo anterior tiene aplicaciones teóricas interesantes y es por eso que en relación con nuestro tema general pienso que nuestro termómetro es y debe ser el juarismo. Por ejemplo, éste permite construir evaluaciones sólidas de eventos sociales en relación con lo que podemos llamar la 'mexicanidad'. O sea, qué tanto nos acerquemos o nos alejemos de él significará que vamos por la senda correcta o que ya nos extraviados. Desde luego que el juarismo no constituye más que un marco general, sumamente amplio y que está en espera de ser ampliado y desarrollado. Pero debería quedar claro de una vez por todas que si vamos a hablar de México y por él es porque nos ubicamos dentro del contexto creado por quien simbólicamente es su creador. No hay otra opción. Desde este punto de vista queda perfectamente claro, por ejemplo, que las reformas de Carlos Salinas al artículo 130 constitucional representan un retroceso político frente a Juárez, por consiguiente un artero golpe traidor a México y, por ende, a las aspiraciones de un pueblo que, instintivamente y a ciegas, busca desesperadamente completar su proceso nacional de identidad cultural de un modo que no sea puramente negativo. No hay, pues, duda de que una de nuestras más eficaces brújulas para evaluar la dirección de los cambios sociales y culturales que se den en nuestro país es y seguirá siendo Don Benito Juárez.

##### *5) Identidad nacional y auto-descubrimiento*

Es casi una trivialidad afirmar que las naciones tienen dos formas de disfrutar de un sentimiento de identidad: o bien **parten** de ella o bien **llegan** a ella. Es un hecho que hay pueblos mucho más homogéneos unos que otros, étnicamente por ejemplo. El polaco y el alemán, por ejemplo, son pueblos mucho más compactos, menos diversificados que el mexicano o el español. Esta diferencia de origen explica o contribuye a explicar muchos fenómenos. Digámoslo sin ambages: es sólo a 200 años del nacimiento de su país que el ciudadano mexicano cayó en la cuenta de que el pueblo mexicano **no** es un pueblo homogéneo, como podemos decir que lo es, por ejemplo, el danés o el búlgaro. Nuestra identidad nacional y cultural, por lo tanto, no tiene raíces étnicas; tiene, por consiguiente, que ser el producto de una evolución. Estamos apenas empezando a entender que México es un mosaico de poblaciones, etnias, culturas, tradiciones culinarias, lenguajes, modos de hablar, de vestir, etc., que hace imposible afirmar de él la clase de unidad e identidad que caracterizan a otros países y naciones. A diferencia de lo que pasa con pueblos étnicamente homogéneos, como el japonés, está empezando apenas a aflorar a nuestra conciencia la idea de que precisamente la identidad de México se funda y sólo puede fundarse en su pasado y en su pluralidad. Nuestra identidad nacional y cultural, por lo tanto, no es racial. Esto último me parece demasiado obvio como para requerir alguna clase de argumentación. Los factores de nuestra identidad cultural, por lo tanto, debemos buscarlos en otros ámbitos de vida. Así, independientemente de lo que podamos pensar de él y de su dirigencia en relación con múltiples temas, lo cierto es que tuvo que levantarse en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional para que los ciudadanos de la República se enteraran de que hay 10 millones de indígenas en nuestro país, un alto porcentaje de los cuales vive en condiciones paupérrimas, sin derechos civiles, explotados y vejados permanentemente. Ese dato es decisivo en nuestra conformación cultural y es un hecho que ya no podremos ignorar.

El cuadro que paulatinamente empieza a despejarse es más bien el siguiente: México es un conglomerado de grupos sociales, unidos políticamente y caracterizados a partir de esta unión por tener desde su nacimiento ya bien detectados ciertos enemigos letales, internos y externos. Lo que hay que comprender es que es a partir de **esta** realidad que se gesta una visión de unidad y de identidad cultural efectivamente compartida por todos los mexicanos. Para plantearlo de manera “folclórica”: ¿qué tienen en común un tamaulipeco, un oaxaqueño y un colimeño? La respuesta es simple: Juárez, el derrocamiento del feudalismo porfirista, el desprecio de sus élites extranjerizantes, la desprotección del estado, el oscurantismo eclesiástico y la voracidad de los Estados Unidos. Por razones más bien obvias, aunque sí es real la identidad nacional del mexicano, de todos modos ésta no se manifiesta como un motor para el desarrollo del país, puesto que no existe todavía más que fragmentada, parcial y de carácter negativo. En ese sentido, nuestra identidad cultural es más bien un **ideal**. La identidad cultural del mexicano positiva es algo que está todavía por construirse, para lo cual tiene primero que fundamentarse. Es en relación con esto último que considero que es menester decir unas cuantas palabras.

Para empezar, me parece que lo primero que habría que sostener es que el problema de la identidad cultural del mexicano no es en lo esencial una cuestión de infraestructura económica, sino que es más bien de carácter superestructural. O sea, que haya millones de compatriotas que viven casi por debajo del nivel de la subsistencia es para nuestro tema irrelevante. Esto no parece ser muy difícil de entender: se puede ser una nación de pobres y ser una nación estrechamente unida, así como se puede ser una nación de ricos totalmente desunida. No hay en ello ninguna imposibilidad lógica. El pueblo palestino es un buen ejemplo de lo primero. Tenemos, pues, que concentrar nuestra atención en ciertos aspectos de la vida superestructural. Desde este punto de vista, parecería que podemos apuntar básicamente a dos áreas de la vida comunitaria como cruciales para la gestación o la no gestación de una identidad nacional mexicana: la **política** y la **educación**, en un sentido amplio y laxo de las expresiones. Lo que yo sostengo es que la vida política del país genera los contenidos para la identidad cultural en tanto que la educación proporciona las formas que ésta pueda revestir. En ningún lugar del mundo la identidad cultural de una nación, de una sociedad o de un país puede crearse a partir de meras declaraciones de intenciones y principios, de úkases de líderes de opinión, de propaganda televisiva, de decretos presidenciales o de la Suprema Corte. Inevitablemente, se tiene que partir de realidades históricas concretas y el grado de sofisticación de nuestras convicciones, valores, etc., compartidos y la identidad nacional y cultural habrá de depender del nivel educativo de la población. En lo que a México concierne, es más que evidente que si en la actualidad nuestra identidad nacional y cultural es cruda y burda, la culpa no es del pueblo mexicano sino de quien lo mal trató y mal educó.

Nuestro problema es, pues, encontrar los elementos que de hecho configuran nuestra auto-percepción. ¿Cómo, en su forma más esencial o pura, nos vemos a nosotros mismos? Para empezar, creo que estamos ya en posición de afirmar que la unificación de México ha sido hasta ahora en gran medida negativa, pues emerge ante todo de datos que hieren al ciudadano. Así, en primer lugar, la conciencia ciudadana se alimenta del hecho innegable de que sus gobernantes, descarada y permanentemente, transigen, negocian, traicionan, se desentienden de lo que son sus intereses más básicos. Los ejemplos abundan: la desnacionalización y venta de la banca, el FOBAPROA, los denodados esfuerzos por

desnacionalizar el petróleo y ponérselo en bandeja de plata a las transnacionales, la proliferación de impuestos de toda índole, la pérdida del maíz natural en favor del maíz transgénico, la estafa permanente de los grandes trusts (como Telmex), y así indefinidamente. México es un país en donde los banqueros son los amos, la Iglesia hace lo que quiere (entre otras cosas no respetar la Constitución) y en donde el juego político consiste en acomodarse a los lineamientos de la política exterior norteamericana. Gracias a la acción cobarde de sus sucesivos gobiernos, México se ha convertido en el país más rezagado social y políticamente de América Latina. Como es natural, todos los hechos mencionados y muchos otros que podrían enunciarse inevitablemente operan en el inconsciente colectivo. Si un gobierno es un instrumento diseñado para proteger a su población, hay que decir que sólo en muy pocas ocasiones ha gozado México de un gobierno protector así, es decir, de un gobierno protector real. Y el mexicano medio lo sabe, en el sentido de que lo intuye y lo resiente, inclusive si no está capacitado para dar cuenta de la situación.

Un segundo factor de unión y de identificación negativa pero generalizada del pueblo de México es su conciencia de un corte radical que, con los matices que la realidad social impone, se da entre las élites (económicas sobre todo) y el resto de la población. México no es un país en el que se dé una gradación comprensible, transiciones sociales sensatas, conexiones entre los diversos estratos sociales. Pero esto tiene implicaciones muy serias porque significa que, a diferencia de lo que sucede en las grandes culturas, sus capas dirigentes, sus grupos privilegiados no se sienten mayormente vinculados al pueblo de su país. Aquí claramente opera lo que podríamos denominar la ‘maldición del malinchismo’. Este tópico amerita unas cuantas palabras.

Fue a partir de la brutal conquista de los pueblos precolombinos que se gestó en nuestro país una mentalidad perversa y anti-natural consistente en que el lugareño le concede prioridad al extranjero frente al “paisano”; por así decirlo lo “prefiere”. A diferencia de lo que pasa en prácticamente cualquier otro país del mundo, en México la brutal conquista del Nuevo Mundo por los españoles destruyó sociedades enteras pero, peor aún quizá, generó una terrible escisión en el alma del pueblo que evolucionaría en lo que hoy es el mexicano. En nuestro país, el extranjero (sobre todo si tiene ciertas características, aunque no necesariamente) se ve automáticamente favorecido de un modo como el habitante del lugar no lo está. No es difícil constatar en la actualidad, por ejemplo, que las oportunidades para inversiones, trabajo, conexiones, placeres, etc., siempre están abiertas a los extranjeros de un modo como no lo están para los nacionales. El fenómeno del malinchismo consiste básicamente en que el pueblo mexicano en su conjunto heredó una actitud de sumisión *a priori* frente al extranjero, a quien de uno u otro modo sigue viendo como su conquistador, como alguien superior a él. Una consecuencia de esta malhadada situación es que se hizo del mexicano un pueblo enemigo de sí mismo. Para nosotros, los mexicanos esto que afirmamos es en sí mismo casi una verdad banal, pero ésta pierde su carácter de trivialidad y se vuelve importante cuando lo insertamos dentro del cuadro de la mexicanidad que hemos venido delineando, porque si no nos hemos equivocado es claro ahora que la superación definitiva del malinchismo sólo podrá lograrse con el juarismo y, por lo tanto, superando y dejando ya atrás para siempre el pasado indígena, su derrota y esclavización, así como la subyugación mental que acarreó. Al indio había que glorificarlo precisamente por eso, porque habría quedado superado. Estamos aquí en presencia de un

conflicto profundo y serio, que no será fácil de resolver pero que mientras no se resuelva mantendrá al pueblo de México en un estado indeseable y peligroso de incertidumbre e indefensión cultural.

Pasemos ahora al terreno de la educación. Aquí ciertamente tenemos un problema porque, después de lustros de descomposición constante, de baja permanente en la calidad de la escuela pública, la educación en el país quedó finalmente en manos o de curas o de mercaderes. Esto no podría sorprender a nadie, porque ¿cómo habría podido la educación nacional escapar al proceso general de corrupción y decadencia? Desafortunadamente, todo indica que el objetivo tácito de quienes en la actualidad la manejan es el embrutecimiento sistemático del pueblo de México, la extracción permanente de dinero, la inoculación de ideologías debilitantes, el desmoronamiento de los valores patrios; parecería que de lo que se trata es de que el mexicano no aprenda, que sea manipulable, que repudie él mismo a sus grandes héroes, que no pueda competir en el mercado de trabajo con los ciudadanos de otros países, que su población se reduzca a prestadores de servicio con un cierto grado de instrucción y nada más, y así indefinidamente. Sólo así se explica que la historia de México sea sistemáticamente “revisada”, lo cual quiere decir tergiversada, falseada, de manera que el mexicano no tenga héroes, paradigmas, ejemplos de los cuales asirse. El intento siniestro es el de unificar a los mexicanos a través del fútbol, de las telenovelas y de subproductos como esos. Obviamente, todo eso equivale a una estafa cultural. De igual modo, no se le inyecta al niño ni al joven el sentido de urgencia por conocer bien su lenguaje. Para decirlo en dos palabras: comparado con cualquier otro pueblo de América Latina, el mexicano simplemente no sabe hablar. Por lo tanto, dadas las conexiones que valen entre el lenguaje y el pensamiento, el resultado es que el ciudadano mexicano queda mal preparado para la vida en competencia y se le dota de una voluntad manipulable. Aunque oscuramente, el pueblo ciertamente vislumbra la orientación que se le imprime a su vida, sólo que no está preparado para defenderse, para reaccionar. Hoy por hoy, el pueblo de México no tiene portavoces ni abogados. ¿Cómo en esas condiciones podría la educación refinar lo que de todos modos es nuestro sentimiento colectivo de identidad?

Relacionado con lo anterior, creo que un factor causal primordial de la carencia de una genuina cultura nacional es la ausencia de una auténtica casta de intelectuales nacionalistas. Soy de la opinión de que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, México se quedó culturalmente huérfano. El diagnóstico general es que, por razones no del todo aclaradas todavía, los “intelectuales” se fueron desligando de los temas nacionales (y humanos) y empezaron a producir para ellos exclusivamente. La poesía de Octavio Paz es el mejor ejemplo de ello: ¿qué niño preferiría un poema de Paz a unos versos de Díaz Mirón o de Gutiérrez Nájera? Sinceramente, creo que ni uno solo y que la respuesta vale tanto para niños como para adultos. La verdad sea dicha: dejando de lado a los hombres de ciencia quienes, por razones intrínsecas al modo como se trabaja en las diversas ciencias particulares (experimentación, predicciones, matemáticas, demostraciones, verificación de resultados, etc.) de manera natural generan resultados benéficos para el país y concentrándonos en los así llamados ‘humanistas’ (artistas, filósofos, ideólogos, politólogos, economistas, periodistas, etc.), éstos le han fallado lamentablemente al pueblo de México, esto es, a su pueblo. La inmensa mayoría de los “intelectuales” mexicanos no han sabido hacer otra cosa que importar concepciones extranjeras (básica mas no únicamente anglosajonas) de la vida y de la organización

política, categorías ajenas, ideales y objetivos declaradamente anti-mexicanos, temas que no le dicen nada al ciudadano mexicano. Imposible no pronunciarse al respecto: este es muy probablemente el factor negativo más odioso de todos, porque además de sus corrosivos efectos anti-mexicanos tiene que ver con ciertas facetas despreciables del ser humano. La casta intelectual mexicana es abiertamente una casta de colonizados culturales, de gente que no aspira sino al éxito que proporcionan los medios masivos de comunicación, de gente que se presenta ante el mexicano como alguien supuestamente “objetivo” pero sólo para minar las bases de su auténtica cultura nacional porque ellos mismos no se sienten mexicanos, intentando a toda cosa desprestigiar a nuestros héroes nacionales ensalzando cada vez con mayor estridencia a los enemigos naturales de México. Y en lo que no puede ser visto más que como una aspiración, por no decir ‘conspiración’, de doma mental del pueblo de México, curiosamente coinciden hasta los más grandes representantes de posiciones irreconciliables entre sí. Unos por unas razones y otros por otras, en general de mala calidad y fácilmente rebatibles, el hecho es que lo que podemos llamar el ‘pueblo de México’ no tiene quien lo defienda en el universo de las ideas. Así, tanto los extranjerizantes descendientes ideológicos de Octavio Paz como los vástagos indigenistas de Guillermo Bonfil le declararon la guerra a la mexicanidad, unos en nombre de lo anglosajón y otros en nombre de los pálidos remanentes de culturas pre-mexicanas prácticamente extinguidas. Casi podría decirse que desde Samuel Ramos lo verdaderamente mexicano no tiene quién lo estudie como se estudia algo que se quiere, no tiene quién lo represente. Desde todas las perspectivas posibles se intenta hacer abortar una sólida cultura realmente nacional y nacionalista, una cultura que, por otra parte, ciertamente podría ser florida, exuberante, envidiable, hermosa.

Estos son algunos de los elementos que si bien no han logrado borrar nuestra conciencia histórica sí la han diluido y han sido factores causalmente efectivos en la oprobiosa tarea de impedir que se reforzara lo que es y tiene que ser nuestra verdadera cultura nacional. Yo estaría dispuesto a defender la idea de que es lógicamente imposible generar una auténtica identidad nacional sin claras actitudes nacionalistas (un valor denostado en el México de nuestros días). Por ello, la situación del mexicano en la actualidad es como la de un cuerpo con alma pálida, debilitada, casi moribunda. Imposible pensar que con un trasfondo como el que hemos meramente esbozado pueda el mexicano salir adelante. Esto último desde luego que es factible, pero dado el contexto va a ser muy difícil que se realice algún progreso por el cual no se vuelva a pagar un precio muy alto. Un examen de la situación actual de México y del mundo hace ver que en nuestros días motivaciones puramente negativas ya no pueden funcionar como cemento social e ideológico para el todo de los mexicanos. Los retos del presente exigen algo más. El problema, naturalmente, es determinar qué. Sin ni mucho menos ser específicos en la repuesta, hemos dado ya una pauta general para ella: la clave para la gestación de una nueva, más potente, optimista identidad nacional está en la política y en la educación, es decir, en el progreso que pueda generarse en esas dos áreas de la vida del país.

## 6) *Consecuencias*

Como consecuencia de la desmoralización colectiva, de los constantes fracasos económicos, del triunfo de la corrupción, de la decadencia educativa, de la injusticia social

prevaleciente, etc., los gobiernos actuales han optado por la solución “fácil” de volver a traicionar al pueblo de México. Las políticas por las que han optado (financieras, comerciales, impositivas, culturales, etc.) no han servido más que para hundir más al grueso de la nación en la miseria y en la ignorancia y de hecho pertenecen, como bien se sabe, a las más torpes y reaccionarias de América Latina. Paradójicamente, todo eso refuerza nuestras convicciones más íntimas. Como los gobiernos no tienen como objetivo el bienestar del pueblo de México sino el beneficio de los muy ricos, los gobiernos se auto-descapacitan para imponer políticas de bienestar popular y no pueden hacer otra cosa que más o menos dejarse guiar por consideraciones de orden meramente pragmático, por ventajas o desventajas inmediatas. Todo el esfuerzo orquestado para desprestigiar la otrora enaltecida noción de populismo, además mediante argumentos de un nivel teórico realmente despreciable, es la mejor prueba de ello. La verdad sea dicha: guían a México políticos miopes y desleales, piensan por él intelectuales auto-glorificados o impuestos a base de bien conocidos mecanismos de embrutecimiento colectivo, aprovechan sus riquezas naturales mexicanas que inescrupulosamente envenenan el medio ambiente y extranjeros que, como buitres, despojan a la población de cuanto pueden. Por ejemplo, compárese las cuotas que paga, verbigracia, un español por servicios bancarios con las que paga un mexicano o el costo de las llamadas telefónicas internacionales hechas a México o desde México con las que se pueden hacer desde, *e.g.*, Argentina, para tener una idea más o menos clara de lo que estoy afirmando. Todo ello hace que no haya un verdadero programa de reconstrucción, de reconstitución nacional y que las políticas gubernamentales tengan que improvisarse en función de los vaivenes de un mercado salvaje, globalizado y descontrolado. No ha habido sexenio en México que no esté marcado por múltiples fracasos y colosales estafas a la nación, las cuales evidentemente quedan impunes. Resulta, pues, imposible negar que, sobre todo a partir de la década de los 80, el estado mexicano quedó ya prácticamente disociado, y en forma cada vez más notoria, de su propia población, a la cual terminó por desproteger casi por completo. Por así decirlo, el estado mexicano se desnacionalizó. Todo esto explica por qué de la riqueza original de México queda muy poco y por qué es imposible vislumbrar aquí y ahora una ideología nacional y una identidad cultural optimistas.

Como era de esperarse, el modo como fueron teniendo lugar los grandes procesos sociales de México tuvo también un efecto impactante en la mentalidad del mexicano medio actual. Resintiéndolo sus procesos de transformación como inacabados, como incompletos, como deformados, el mexicano medio fue reforzando una actitud auto-destructiva de auto-complacencia permanente, desarrollando una “moralidad” de engaño colectivo que muy rápidamente nos convirtió a todos en víctimas. México es un país en el que todos engañan o pretenden engañar a todos, en todos los contextos de la vida social y personal. Poco a poco, los valores edificantes, moralmente solventes (solidaridad, honestidad, patriotismo, etc.) fueron siendo expulsados de la vida comunitaria. Como consecuencia de un proceso que ni controla ni comprende pero que ciertamente resiente, el mexicano se hizo muy cobarde, flojo, mentiroso, etc. En realidad, México está momificado. Resulta a este respecto muy interesante contrastarlo con otros países. En México, ni las élites ni el pueblo ni los diferentes gobiernos en turno han dado todavía muestras de desear una auténtica renovación. A diferencia de lo que ha sucedido en muchos otros países que también han pasado o están pasando por graves crisis, países como Argentina, los Estados Unidos y lo que era la Unión Soviética, en México reina un temor generalizado al cambio

(social, estructural, político, económico). Resulta increíble, por ejemplo, que hasta en los Estados Unidos se nacionalicen bancos y que en México ello sea simplemente impensable. Peor aún: no sólo no se nacionalizan los bancos: no se crea un banco estatal, estando dadas todas las condiciones para ello. Aquí lo importante es entender que si bien los gobernantes temen hacer enojar a los super-ricos, a los “inversionistas”, etc., sí están dispuestos en cambio a afrontar los riesgos de una confrontación con una población. Esto es, como argüiré más abajo, un juego bastante peligroso.

En resumen, la característica fundamental de la vida política mexicana es su disfuncionalidad y ello, junto con los niveles de educación del pueblo de México ha generado una identidad nacional y cultural real, pero esencialmente negativa. En vista de la marcada asimetría que se da entre un minúsculo grupo de gente muy rica y el grueso de la población, dado el bestial despojo del que es víctima el mexicano medio a través de impuestos absurdos (tenencia, por ejemplo), injusticias flagrantes, impunidad ofensiva, educación primitiva y así *ad libitum*, los representantes de los distintos gobiernos nunca pudieron transmitirle al ciudadano mexicano valores positivos, ideales atractivos, procesos de unificación reales, sentimientos colectivos de unión y participación. Los mexicanos, por lo tanto, nos identificamos unos con otros casi sólo intuitivamente, porque sabemos que somos víctimas de lo mismo, que tenemos los mismos enemigos, pero no porque persigamos los mismos objetivos, los mismos sueños. Eso lo pueden tener los franceses y los austriacos, pero por lo visto no nosotros. ¿Cómo se le podría exigir al mexicano que se sienta solidario con los demás, representado por sus gobernantes, compartiendo un proyecto de nación con el resto de la población, cuando su realidad es radicalmente opuesta a todo ello?

### 7) *Condiciones*

Y sin embargo, curiosamente, mientras más traidores, cobardes, vende-patrias son nuestros gobernantes, mientras más ceden a las exigencias y demandas de los ambiciosos extranjeros para los cuales México se ha ido convirtiendo cada vez más y cada vez mejor en uno de los más fáciles botines del mundo, mientras más se hunde al mexicano en la ignorancia y se le deja a merced de una televisión mediocre, abiertamente anti-cultural y declaradamente embrutecedora, más se desarrolla instintivamente a nivel popular y de manera muy defectuosa y precaria una cierta mentalidad de unificación, la idea de que a pesar de todo somos tripulantes de un mismo barco amenazado por todos esos enemigos que he mencionado. Que quede claro: la unidad y la identificación de la que hablamos es la de nosotros, los gobernados, no la de quienes nos gobiernan, la de quienes sobrevivimos mes a mes, no la de nuestros cosmopolitas renegados, la de quienes nacimos aquí y queremos a la gente de aquí, con sus debilidades e imperfecciones, no la de los extranjeros que vienen a abusar de nuestros niños, a explotar nuestros recursos naturales, a imponernos toda clase de diezmos. Los mexicanos somos quienes constituimos el pueblo de México y nos sentimos parte de él, no quienes lo ven con desprecio y despectivamente se refieren a él como “naco” o “indio”. Lo que queremos es un cambio en las condiciones de vida, de manera que

podamos aspirar a una nueva mexicanidad, a una mexicanidad que no se reduzca a orgullo por nuestras comidas, vestimentas, modos de hablar, sentido del humor, expresiones musicales, éxitos deportivos, etc. Desde luego que todo eso es importante, siempre y cuando no se le considere como lo primordial. Lo que necesitamos son convicciones no fundadas en carencias compartidas sino en logros, no ya en los graves handicaps económicos que no permiten que nuestra juventud florezca y dé todo lo que ciertamente en principio podría dar, sino en la confianza en nuestros dirigentes. El problema, evidentemente, es que el mero espontaneismo cultural no basta para neutralizar los daños que ocasionan las acciones y omisiones de gobiernos corruptos y cobardes y la influencia antinacionalista de las cosmovisiones de las clases altas. De ahí que tengamos siempre que conformarnos con un cemento eidético social fundado en temores, agravios, corajes. En verdad, un grave problema es que la etapa de inacción popular parece estar llegando a sus límites. Más de un signo hace pensar que los inicios del cambio en profundidad están ya a la vista.

Argumentamos más arriba que la mera unión política no basta para garantizarle al pueblo de México una identidad cultural positiva. La pregunta que de inmediato se plantea es: ¿qué se requiere para ello? El asunto es desde luego complejo pero es plausible apuntar, con la laxitud que el caso permite, a algunos cambios fundamentales, alteraciones en nuestro sistema de vida que son necesarias aunque quizá no suficientes, pero que tendrían que tener lugar si lo que se quiere es dotar a la nación de la unidad que necesita y generar en los mexicanos en su conjunto el sentimiento de identidad al que aspiran y cuya carencia los vuelve más vulnerables que a otros pueblos y, asimismo, si lo que se quiere es evitar un cambio violento. ¿Cuáles podría ser, razonablemente, dichos factores? La respuesta, sin duda alguna, tendrá que ser compleja y, muy probablemente, incompleta. Peor aún: en las circunstancias actuales lo más probable es que lo que podemos señalar como lógicamente indispensable para un cambio en el sentido deseado no pase de ser un planteamiento reconfortante pero utópico.

Sin ni mucho menos pretender ofrecer una lista exhaustiva de ellos, es evidente que un primer paso lo constituye la consolidación de un sistema político pulcro, en donde los mecanismos de tomas de decisiones sean transparentes y en donde el poder esté sistemáticamente orientado en primer término hacia el bienestar popular. Se requiere de una reforma estatal radical, una re-definición de los objetivos del Estado de manera que los sucesivos gobiernos de México dejen ya de ser meros instrumentos de las élites y los grandes grupos empresariales. Es casi una perogrullada afirmar que no podrá crearse una verdadera identidad cultural mientras la clase política dirigente no haya aprendido a anteponer los intereses de la población a cualquier otro valor, principio u objetivo.

Se requiere, asimismo, un cambio en la mentalidad característica de las clases privilegiadas. Es de suma importancia que las clases altas, las clases dirigentes empiecen a ver hacia dentro, a preferir lo mexicano, a dejar de ver en sus compatriotas meros instrumentos de generación de riqueza. Sin tratar de convertirlas desde luego en sustitutas de la actividad estatal, tiene que implementarse en México, como se ha hecho en muchos otros lugares y tiempos, grandes y constantes actividades filantrópicas, pues de otro modo difícilmente podrán los privilegiados acercarse a su pueblo.

La educación nacional y pública debe quedar decididamente orientada hacia el reforzamiento y la exaltación de los valores genuinamente mexicanos. Teniendo siempre ante la mente la tesis de que lo mexicano, *stricto sensu*, empieza con el nacimiento del país llamado 'México', de todos modos por consideraciones de política realista no resulta factible (ni deseable) excluir de "lo mexicano" ni nuestras raíces ni nuestro futuro común. Es sólo incluyéndolos que la educación funcionará como cemento social para el todo de la población. Lo que en todo caso queda claro es que es preciso expulsar sin contemplaciones el revisionismo de toda clase de desenraizados, cosmopolitas y parásitos que a lo único que irresponsablemente aspiran es a destruir los íconos nacionales, a corroer las raíces de la mexicanidad en aras de un pseudo-objetivismo tan destructivo como insulso. En relación con esto un sencillo parangón quizá no esté de más.

Todos sabemos, por ejemplo, que uno de los protagonistas políticos más importantes del siglo XX fue Sir Winston Churchill, así como también se sabe que era, aparte de un alcohólico empedernido, un imperialista cínico, un hombre que tomó decisiones terribles, en África, en Turquía, en el Medio Oriente e inclusive durante la Segunda Guerra Mundial. Todo eso está debidamente acreditado por los mejores historiadores del planeta, así que no abundaré sobre el tema. Ahora bien, asumiendo todo ello lo que nos incumbe preguntar es: ¿por qué el pueblo inglés lo venera? ¿Por qué Churchill es intocable en Inglaterra? ¿Por qué es recordado por su "sangre, sudor y lágrimas" y no por el bombardeo de Dresde? La respuesta es evidente de suyo: porque las autoridades británicas no están dispuestas a cuestionar a sus propios bastiones políticos, porque aunque sea de manera superficial, el inglés medio comprende que aunque lo que Churchill hizo ciertamente fue dañino para muchos pueblos para los intereses de Gran Bretaña fue siempre benéfico. Su posición es entonces "que lo juzguen otros, porque nosotros, los ingleses, no lo haremos. Simplemente, no nos corresponde". Y la verdad es que tienen toda la razón. Ellos, como los franceses, los norteamericanos, los rusos, los chinos y así indefinidamente, todos ellos defenderán a capa y espada a **sus** héroes nacionales. Nuestra pregunta, formulada con toda candidez, es: ¿por qué en México tendría que ser diferente? ¿Por qué aquí sí se permite y se promueve que algunos dizque investigadores mexicanos, ávidos de publicidad y de motivaciones sospechosas, denigren y minimicen a nuestros antepasados heroicos, a los forjadores de nuestra patria? ¿No es acaso vergonzoso, humillante y hasta repulsivo (naturalmente: si se le ve desde la perspectiva del mexicano) el actual movimiento reivindicatorio de Maximiliano de Habsburgo, de Porfirio Díaz, del obispo Orozco y Rivera, por no mencionar más que a algunos de los más prominentes enemigos del país, un movimiento que se promueve en diversos círculos de pseudo-intelectuales y que no titubea en hacerse público? ¿No es absolutamente imperdonable el permanente intento por descalificar histórica y políticamente a Juárez, a Obregón, a Villa, a Calles? ¿No equivale eso a una auténtica traición teórica, fundamentada en endeblez razones de pseudo-honestidad histórica y política, a un auto-repudio torpe e injustificado? ¿Cómo puede pretender generarse un sentimiento de identidad nacional si el pueblo de México no tiene ni siquiera de quién asirse en teoría, porque sus propios "intelectuales" se encargan de desproveerlo hasta de sus más esenciales representantes? Es obvio que tiene que desarrollarse una agresiva política gubernamental para cortar de tajo tendencias anti-mexicanas como esa y que, por otra parte, ciertamente no gozan de la aprobación popular. Claro que los detractores de nuestro pasado no escriben para los mexicanos, sino para la casta a la que pertenecen. Infiero que educación sin orientación

política es tan vacua y tan irreal como lo puede ser para la física la existencia de un número infinito de geometrías no euclidianas. En otras palabras, no sirve para nada.

Debo decir que yo incluiría dentro de la lista de cambios que es urgente implementar una política de respeto por la realidad física de nuestro país. Retomando una idea expresada por algún pensador de primera línea, podemos decir que así como el rostro humano es el mejor retrato del alma humana, así también el aspecto físico de nuestro país es el mejor retrato de nuestra identidad cultural. Todos, desafortunadamente, estamos conscientes de que nuestros ríos están envenenados, nuestros bosques talados, el aire de nuestras ciudades contaminado, etc. En verdad, no está de más preguntar: ¿quién hizo todo eso: la gente, el pueblo de México, o los “empresarios”? ¿Quién tala los bosques de Michoacán y Tabasco: las poblaciones locales o los industriales del papel? La respuesta es tan obvia que me la ahorro. Y, por otra parte, es claro que una política ecológica impuesta “desde arriba” es decisiva, porque es obvio que junto con el respeto al país físicamente considerado crece simultáneamente y se fortifica el respeto por nuestros congéneres, es decir, por nosotros mismos.

Aunque, como ya se dijo, lógicamente el problema de la identidad cultural **no** es un problema de índole económica, es evidente que se trata de un fenómeno que se ubica dentro del marco generado por la realidad económica, en un sentido amplio y elástico de la expresión. Lo que hemos indicado, por lo tanto, **presupone** una política económica explícitamente dirigida a proteger los intereses de los mexicanos, esto es, los genuinos intereses del pueblo de México y no de sus grupos privilegiados y extranjerizantes, los cuales no tienen ya por qué seguir acrecentando sus riquezas a costa del permanente esfuerzo, nunca equitativamente remunerado, de los miembros de la nación mexicana.

#### 8) *¿Evolución o revolución?*

El estudio de la cuestión de la identidad nacional que no hemos más que meramente esbozado debería hacer nacer en nosotros el sentimiento de la urgencia del cambio. Es claro que el pueblo de México no puede seguir por el derrotero que hasta ahora se le ha impuesto. ¿Por qué podemos sentirnos tan seguros en afirmar tal cosa? En verdad, podría pensarse que si el pueblo de México ha aceptado su condición de sometimiento y explotación durante 200 años puede seguir haciéndolo durante otro tanto. Pero es claro que ello no es así: una sencilla ley, una ley de la dialéctica, a saber, la ley del cambio de cantidad en calidad, nos impide pensar de ese modo. Expliquemos esto. Maltratar a una población reducida, dispersa y diezmada por la miseria, la ignorancia, etc., de un país que súbitamente se libera de un régimen esclavista y que no obstante ocupa inmensos territorios, carente por completo de instituciones, sin líderes, etc., es algo relativamente fácil de lograr. Pero hacer lo mismo con más de 100 millones de personas en un territorio que se ha encogido no es igualmente factible. El mero cambio numérico de la población basta para darle al problema un cariz totalmente diferente. Si algo era viable antes, ahora ya no lo es. Que se enojen unos cuantos campesinos desvalidos es una cosa; que protesten millones de personas es otra, completamente diferente. Es obvio, por otra parte, y los hechos nos los gritan día a día, que estamos llegando a un límite, a lo que real y simbólicamente es nuestro límite último, a saber, el límite que marcan lo que son nuestros primeros 200 años de existencia. México

está cambiando de edad y eso hace que esté a punto de llegar a una nueva encrucijada. Lógicamente, se abren ante nosotros diversas opciones, pero no es descabellado sostener que en última instancia se reducen a tres. Nuestra pregunta es: ¿en qué direcciones puede efectivamente moverse México?

Una primera posibilidad, altamente probable desafortunadamente, es la de que no se produzca en un futuro cercano ningún cambio estructural importante, ninguna modificación drástica en nuestros modos de resolver nuestros problemas, que se pretenda a toda costa seguir manteniendo el *status quo*, apelando para ello no sólo a la demagogia liberal (democracia, votaciones, etc.), sino dejando intactos los procesos de producción y reparto de la riqueza, manteniendo las brutales asimetrías económicas que caracterizan al México actual. En relación con esta opción, es plausible predecir que su desenlace obvio no podría ser otro que el estallido social, muy probablemente la represión y, por ende, la guerra civil. Sobre el desenlace de lo que sería un proceso así no tiene el menor sentido especular. Lo único que podemos afirmar, y ello sin titubeos, es que sería de una ceguera y de una irresponsabilidad política fantásticas dejar que el país evolucione por esta vía.

Una segunda opción para los mexicanos es que las capas dirigentes (gobierno y élites) entendieran por fin que tienen que hacerse rectificaciones, enmiendas, correcciones importantes, en profundidad, por así decirlo, que se le debe poner coto a sus seculares rapacidad y glotonería pecuniaria. Si así se procediera, entonces sí se podría hacer evolucionar al país por la senda de la democracia, dentro de un marco de franca mejoría económica, política, educativa y social. Aunque obviamente deseable, es difícil ser optimista al respecto y no estoy seguro de que los más beneficiados en la situación actual estén dispuestos a disminuir los niveles de ganancias, beneficios, ventajas de los que gozan. Sería muy sorprendente e históricamente insólito que algo así sucediera, aunque cualquier agente político mínimamente consciente de lo que está pasando se da perfectamente cuenta de que esta sería una opción razonable y benéfica para todos, a corto, mediano y largo plazo. Siendo francos, es difícil no pensar que en este caso nos movemos más bien por el reino de la utopía.

Hay una tercera vía imaginable de solución de los problemas de los mexicanos y de sus sentimientos de identidad nacional y cultural, poco probable pero no descartable *a priori*, a saber, la toma del poder por militares genuinamente nacionalistas y de izquierda. En efecto, es perfectamente imaginable que hartos de contemplar cotidianamente a una población famélica y carente de educación y, por consiguiente, de conciencia política, conscientes de que no será por la vía de los pantanosos procesos y mecanismos del gastado parlamentarismo como se superarán los conflictos de intereses sociales entre las clases que conforman nuestra sociedad, testigos de la ineficacia y la cobardía de nuestros gobiernos y del entreguismo de nuestras élites, patriotas militares mexicanos, hartos de una situación insostenible, de un espectáculo social patético e inadmisibles, de una corrupción que se devora a sí misma, se decidieran a tomar por la fuerza las riendas del país y a dirigirlo en la dirección de las reivindicaciones genuinamente populares. O sea, lo que podríamos llamar el 'chavismo', que tanto éxito ha tenido en la reconfiguración de Venezuela, es ciertamente una opción para superar el estado de postración, derrota, humillación, vergüenza en el que se ha mantenido al pueblo de México desde que éste viera la luz. La posibilidad es remota, pero las circunstancias la vuelven concebible y viable.

Esas son *prima facie* las opciones de evolución para México. Yo soy de la opinión de que, en este contexto y con el trasfondo que hemos descrito, no debemos cancelar *a priori* **ninguna** opción. Lo que importa son los resultados palpables a los que se lleve al pueblo de México. Y de lo que podemos estar seguros es de que este pueblo sabrá cada vez con mayor fuerza apoyar a quienes intuya como sus genuinos defensores, es decir, a quienes de hecho logren que los mexicanos podamos vernos por fin revestidos de una nueva dignidad, de éxitos tangibles en todos los dominios de la vida, imbuyendo así a las nuevas generaciones de un nuevo espíritu y de nuevos sueños de identificación, unión y progreso colectivo.